

ESPAÑOLADAS

Por FLORIAN REY

No hace mucho, un semanario madrileño recogía en sus columnas algunas opiniones mías sobre la españolada, y la no españolada. Captadas estas opiniones en el transcurso de una breve charla y como perdidas a lo largo de un artículo periodístico basado en la historia de mi producción *Carmen, la de Triana*, no era posible que llevase todo su trascendente contenido a nuestra crítica rotativa, a nuestras Casas productoras, a nuestros autores, directores y actores cinematográficos y, sobre todo y ante todo, al ánimo y la comprensión de nuestra censura, digna representación del poder público en el encauce del arte nacional del fotograma. Y es a la crítica, a los autores, a los directores, a los actores cinematográficos a los que hoy me dirijo, en espera de que opinen sobre asunto que pareceme de vital importancia para nuestra pantalla. Confío en que unos y otros sabrán recoger el españolísimo espíritu que intento hacer palpitar en estas líneas y se aprestarán a dar sinceras opiniones que vengan a afianzar la mía si ésta fuere justa, a discutirla por equivocada o a rechazarla por inaceptable.

Se ha dado en llamar «españolada», costumbres, hechos, fiestas y leyendas que responden a unas realidades raciales tan nuestras, tan dentro de la idiosincrasia de este pueblo, que si llegara el momento de rodearlas de silencio, de acallarlas o de suprimirlas en vicioso empeño de imitaciones extranjerizas, de acercamientos a la vida de pueblos traspirenaicos, de paralelismo con modernidades trasatlánticas, España, nuestra España, habría dejado de ser en espíritu para convertirse en algo que los que sabemos amarla y sentirla con todas sus grandezas y defectos, recorreríamos sus caminos añorándola en ellos y por ellos perdidos en la angustiosa paradoja de vernos extranjeros en nuestra propia Patria.

La Humanidad camina siempre, siempre, hacia las nuevas normas—las que sean—, hacia las nuevas modas... No soy de los que creen que España debe detenerse en un objetivismo contemplativo. Marchemos. Pero marchemos sin dejar de ser nosotros, los que fuimos, los que somos, los que seremos; abramos respetuosamente nuestras puertas a todas las enseñanzas técnicas, porque mucho tiene que aprender aún la cinematografía española; imiten los capitalistas nacionales a las productoras extranjeras, porque no pocos de los defectos que hallamos en nuestra producción se deben a la parquedad con que el dinero es empleado en las necesidades de nuestros rodajes y el perfeccionamiento de nuestros Estudios... Pero huyamos, cuantas veces nos sea posible, de extranjerizar nuestra visión artística con la frecuencia de argumentos que lo mismo pueden filmarse en España que en cualquiera otra nación.

Encerrados entre las rugientes y gigantescas olas del Cantábrico, las suaves rías de Galicia, las aguas del Estrecho—donde los mares se traban en eterna batalla—y la serena ondulación de las rutas latinas que tórnase trágicamente bella en las costas bravas de Garraf, se nos ofrece la inapreciada variedad de este paisaje nuestro que vierte, por el norte ibérico, desde la dulzura añorante de Galicia a la quietud de égloga del campo vizcaíno, para saltar a los abruptos picachos pirenaicos, ante los que se yergue el altivo Moncayo, en atalaya vigilan-

